

que pudiera buscar á su buen primo Castalio, ó al galán Coridón, su leal amigo, que con mucho gusto de Elisa era consabidor deste caso, no quiso más compañía que á Siralvo, uno de sus mayores, de quien fiaba mucho y más podía. Juntos se fueron á aquel secreto lugar, y quedando Siralvo á la entrada dél, de donde todas las del campo descubría, Mendino por entre el muro y las peñas, lugar estrecho y sombrío, llegó al resquicio, y sentado sobre la húmida hierba esperó, y no mucho, que presto vino la hermosa Elisa, que con su luz esclareció la noche y con su habla puso el día en el alma de Mendino. Allí hubo razones tiernas y turbadas; allí lágrimas y risas, ruegos y promesas, y sobre todo Amor que lo razonaba. No fué sola esta vez la que Mendino y Elisa por aquella parte se hablaron; pero no todas Mendino llevó á Siralvo que le acompañase, porque sabía que el humilde pastor no lo era en pensamientos. Andaba furiosamente herido de los amores de FILIDA, FILIDA que por lo menos en hermosura era llamada sin par y en suerte no la tenía; y como los días con la ocupación del ganado y el recelo de Vandalio y sus pastores (á donde FILIDA estaba) no le daban lugar á procurar verla ni oírle, iba las noches y descansaba á vista de sus cabañas, y algunas veces veía á la misma FILIDA, que en compañía de sus pastoras salía á buscar la frescura de las fuentes, y entre los árboles cantaba, y haciéndose encontrado con ellas, no se esquivaba FILIDA de oírle ni de entender que le amaba, que bien sabía de Florela, pastora suya, con quien Siralvo comunicaba su mal, y de cuantos más al pastor conocían, que cabía en su virtud su deseo. Esto entendía Mendino, y lastimoso de estorbarle muchas noches se iba solo á hablar á la hermosa Elisa, entre las cuales una el sospechoso Pradileo le acechó y le vido, y fué por mejor que, celoso y desconfiado, sin decir la causa de su movimiento, pidió luego por mujer á la hermosa y discreta Albanisa, viuda del próspero Mendineo, hija del generoso rabadán Coriano, que en la ribera del Henares vivía, y allí desde las antiguas cabañas de su padre apacentaba en la fértil ribera 1.000 vacas, 10.000 ovejas criaderas

y otras tantas cabras en el monte al gobierno de su mayoral Montano, padre de Siralvo, pastor de Mendino. Esta famosa empresa consiguió Padileo, y en conformidad de los deudos de una y otra parte, partió del Tajo, acompañado de los mejores rabadanes dél, y el mismo Mendino, que muy deudo y amigo era de la gentil Albanisa, y desposado y contento, con el mayor gassajo y fiesta que jamás se vido entre pastores, volvió del Henares con la cara esposa, enriqueciendo de beldad y valor el Tajo y su ribera; desta suerte quedó contento Mendino y pagado Padileo, y Elisa, pagada y contenta; y como de nuevo comenzó Mendino en sus amores, y forzosamente á fingir con Filis y Elisa con Galafón, que no les importaba menos que el sosiego, y sin más industria dellos, el viejo Sileno aseguró su pecho, y el trato como primero y con más deleite tornó en todos y los placeres y fiestas lo mismo, porque para cualquier género de ejercicio había en la ribera bastantísima compañía: en fuerza y maña, Mendino, Castalio, Cardenio y Coridón; en la divina alteza de la poesía, Arciolo, Tirsi, Campiano y Siralvo; en la música y canto, con la hermosa Belisa, Salio, Matunto, Filardo y Arsiario, aunque á la sazón Filardo, enamorado de la pastora Filena y celoso de Pradelio, andaba retirado, con mucho disgusto de todos, que nadie probaba su amistad que no le amase por su nobleza y trato; pero de muchas bellas pastoras favorecido, amaba á sola Filena y sola ella le aborrecía, siendo verdad que otro tiempo le estimaba; pero cansóse el Amor, como otras veces suele, y con todo eso Filardo, tan cortés y leal que se escondía á aquejarse, y en la mayor soledad encubría sus celos; solos estaban Coridón y Mendino junto á una fuente, que al pie de una vieja noguera manaba, cubierta por la parte del Oriente de una alta roca, que alargando la mañana gozaban de más frescura y secreto, cuando por un estrecho sendero vieron venir á Filardo, buscando la soledad para sus quejas, y al mismo tiempo fueron dél sentidos; y viendo ocupado el lugar que él buscaba, quiso volverse, pero los dos no lo consintieron, antes Mendino le rogó que llegase, y llegado, Coridón le pidió

que tañesse, y tañendo ambos le incitaron al canto, que, comedido y afable, no se pudo excusar, ni aquí su canción, que fué ésta:

## FILARDO

Vuestra beldad, vuestro valor, pastora, contrarios son al que su fuerza trata, que si la hermosura le enamora, la gravedad de la ocasión le mata; los contentos del alma que os adora, el temor los persigue y desbarata, lucha mi amor y mi desconfianza, crece el deseo y mengua la esperanza.

Los venturosos ojos del que os mira, os juzgan por regalo del tormento, y el alma triste que por vos suspira, por rabia y perdición del pensamiento; esa beldad que al corazón admira, esse rigor que atierra el sufrimiento, poniéndonos el seso en su balanza, sube el deseo y baja la esperanza.

Aunque me vi llegado al fin de amaros, ningún medio hallé de enterneceros, que como fué forzoso el deseáros, lo fué el desconfiar de mereceros; el que goza la gloria de miraros y padece el dolor de conoceros, conocerá cuán poco bien se alcanza, rey el deseo, esclava la esperanza.

Si propia obligación de hermosura es mansedumbre al alma que la estima, y al fuerte do razón más asegura, tantos peligros voluntad arríma, vaya para menguada mi ventura, pues lo más sano della me lastima; mas si ho'gáis de ver mi mala andanza, viva el deseo y muera la esperanza.

Bien muestra Amor su mano poderosa, pero no justificara en mi cuidado, atando una esperanza tan medrosa al yugo de un deseo tan osado, que en cuanto aquél pretende, puede y osa, ella desmedra, teme y cae al lado, que mal podrán hacer buena alianza fuerte el deseo y débil la esperanza.

La tierna planta que, de flores llena, el bravo viento coge sin abrigo, bate sus ramas y en su seno suena. llévala y torna, y vuélvela consigo, siembra la flor ó al hielo la condena, piérdese el fruto, triunfa el enemigo;

sin más reparo y con mayor pujanza persigue mi deseo á mi esperanza.

Cantó Filardo, y Mendino quedó de su canción muy lastimoso. Coridón no, que estaba ausente de su bien, y cuantos males no eran de ausencia le parecían fáciles de sufrir. Cada uno siente su dolor, y el de Filardo no era de olvidar que era de olvidado, y ahora, después de haber alabado su cantar tan igual en la voz y el arte, los tres pastores se metieron en largas pláticas de diversas cosas, y la última fué la ciencia de la Astrología, que grandes maestros della había en el Tajo; allí estaba el grave Erión, de quien después trataremos; el antiguo Salcino, el templado Micanio, con otros muchos de igual prueba; mas entre todos, Filardo alabó el gran saber de Sincero, y la llaneza y claridad con que oía y daba sus respuestas: por esto le dió gran gana á Mendino de verse con Sincero, que muchos días había deseado saber á dónde llegaba el arte destos magos; y como Filardo dijo que sabía su morada, los tres se concertaron de buscarle el día siguiente, antes que el Sol estorbasse su camino, con lo cual tomaron el de sus cabañas, donde cada uno á su modo pasó el día y la noche, y ya que el alba y el cuidado del concierto desterraron el sueño, Coridón y Filardo buscaron á Mendino, cuando él salía de sus cabañas á buscarlos, y escogiendo la vía más breve y menos agra passaron el monte, y á dos millas que por selvas y valles anduvieron, en lo más secreto de un espeso soto hallaron un edificio de natura, á manera de roca, en una peña viva, cercado de dos brazos de fosso de agua clara hasta mitad de la hondura; aquí quiso Filardo merecer la entrada, y sentado sobre la hierba sacó la lira, á cuyo son con este soneto despertó á Sincero:

## FILARDO

Si me hallasse en Indias de contento, y descubriese su mayor tesoro en el lugar donde tristeza ó lloro jamás hubiessen destemplado el viento;

Donde la voluntad y el pensamiento guardassen siempre al gusto su decoro,

sin ti estaría, sin ti que sola adoro,  
pobre, encogido, amargo y descontento.

¿Pues qué haré donde contino suenan  
agüeros tristes de presente daño,  
propio lugar de miserable suerte;

Y a donde mis amigos me condenan,  
y es el cuchillo falsedad y engaño,  
y tú el verdugo que me das la muerte?

Con el postrero acento de Filardo abrió el mago una pequeña puerta, y con aspecto grave y afables razones los saludó y convidó á su cueva. Pues como fuese aquello á lo que venían, fácilmente acetaron, y por una tabla que el mago tenía en el fosso, que sería de quince pies en largo, hecha á la propia medida, passaron allá y entraron en aquel lugar inculto, donde lo que hay menos que ver es el dueño. Aquí en estas peñas cavadas solo vivo y solo valgo, y aunque no á todos comunico mi pecho, bien sé, nob'es pastores, que sois dignos de amor y reverencia; mas vos, Coridón ausente, y vos, Filardo olvidado, perdonaréis por ahora, y vos, Mendino, oid quién sois y lo que de vos ha sido y será, que dichoso es el hombre que sabe sus daños para hacerles reparo y sus bienes para alegrarse en ellos; y viendo que Mendino le prestaba atención, en estas palabras soltó su voz el mago:

## SINCERO

Cuando natura con atenta mano,  
viendo el Sér soberano de do viene,  
el ser que el hombre tiene y es dechado,  
dó está representado, y junto todo  
quiso con nuevo modo hacer prueba  
maravillosa y nueva, no del pecho,  
cuyo poder y hecho á todo excede,  
pero de cuánto puede y cuánto es buena  
capacidad terrena en fortaleza,  
en gracia, en gentileza, en cortesía,  
en gala, en gallardía, en arte, en ciencia,  
en ingenio, en prudencia y en conceto,  
en virtud y respeto, y finalmente,  
en cuanto propiamente acá en el suelo  
una muestra del cielo sea possible,  
con la voz apacible, el rostro grave,  
como aquella que sabe cuanto muestra  
su poderosa diestra y sola abarca,  
invocando á la Parca cuidadosa,

“Obra tan generosa se te ofrece,  
le dice, que parece menosprecio  
hacer caudal y precio de otra alguna  
de cuantas con la luna se renuevan,  
ó con el sol se ceban y fatigan,  
ó á la sombra mitigan su trabajo;  
tus hombros pon debajo de mi mano,  
obrador sacrosanto de tu ciencia,  
y con tal diligencia luego busca  
aquel copo que ofusca lo más dino,  
que después del Austrino al mundo es solo;  
de los rayos de Apolo está vestido  
de beldad guarnecido de limpieza,  
allí acaba y empieza lo infinito,  
es AVE el sobrescrito sin segundo,  
á cuyo nombre el mundo se alborozó,  
de MENDOZA, y MENDOZA sólo suena  
donde la luz serena nos alegra,  
y á do la sombra negra nos espanta;  
agora te adelanta en el estilo,  
y del copo tal hilo saca y tuerce,  
que por más que se esfuerce en obra y pueda,  
mi mano nunca exceda en otra á ésta”.

Dijo Natura, y presta al mandamiento,  
Lachesis, con contento y regocijo,  
sacó del escondrijo de Natura  
aquella estambre pura, aquel tesoro,  
cibió la rueca de oro, de oro el huso,  
y como se dispuso al ejercicio,  
la mano en el oficio, así á la hora  
la voz clara sonora á los loores:  
“Oid los moradores de la tierra  
cuánta gloria se encierra en esta vida,  
que hilo por medida más que humana;  
aquí se cobra y gana el bien pasado,  
que del siglo dorado fué perdido  
este bien, escogido por amparo  
de bondad y reparo de los daños  
que el tiempo en sus engaños nos ofrezca;  
porque aquí resplandezca la luz muerta,  
la verdad halla puerta y la mentira  
cuchillo que la admira y nos consuela,  
y la virtud espuela, el vicio freno,  
en quien lo menos bueno al mundo espante:  
crece, gentil INFANTE, ENRIQUE crece  
que FORTUNA te ofrece tanta parte,  
no que pueda pagarte con sus dones,  
pero con ocasiones, de tal suerte,  
que el que quiera ofenderte ó lo intentare,  
si á tu ojo apuntare el suyo saque  
y su cólera aplaque con su daño;  
del propio y del extraño serás visto,  
y de todos bien querido, INFANTE mío;

mas ¡ay! que el desvario del tirano  
mundo cruel, temprano te amenaza,  
tan áspero fin traza á tus contentos,  
que tendrás los tormentos por consueño;  
cuando el Amor del suelo lo más raro  
te diere menos caro, hará trato  
que tendrás por barato desta fiesta  
lo que la vida cuesta; mas entiende  
que si el Hado pretende darte asalto,  
y que te halles falto de la gloria,  
do estará tu memoria, el cielo mismo  
te infundirá un abismo de cordura,  
con que la desventura se mitigue,  
que aunque muerte te obligue, cuando á hecho  
rompa el ínclito pecho de tu padre,  
de claro aguelo y madre á sentimiento,  
y el duro acaecimiento que te espera  
de que á tus ojos muera la luz bella,  
de aquella, digo, aquella que nacida  
será tu misma vida muertos ellos,  
serás la Fénix dellos; crece ahora,  
que ya la tierra llora por tenerte.  
por tratarte y por verte y será presto”.

Dijo Lachesis esto, y yo te digo,  
que tú eres buen testigo en lo que ha sido,  
y si en lo no venido no reposas,  
esfuérate en las cosas que te ofenden,  
que en el tiempo se entienden las verdades  
y el franco pecho en las adversidades.

Ganoso anduvo Mendino de oír a Sincero, y valiérale más no haberlo hecho, porque una vez le oyó y mil se arrepintió de haberle oído. Imprimióse una imagen de muerte en su corazón, que si juntamente en él no estuviera la de Elisa, cayera sin duda en el postrer desmayo. Cruel fué Sincero con Mendino en afirmarle lo que fuera possible ser tan falso como verdadero, mas pocos hay que encubran su saber, aunque el mostrarlo sea á costa del amigo. Tal quedó el pastor, que no fué poco poderse despedir del mago, que con ofertas y abrazos salió con ellos hasta passar el soto, donde se quedó, y ellos volvieron á la ribera, que al parecer de Mendino ya no era lugar de contento, sino de profundo dolor, con quien anduvo luchando muchos días por no poderle excusar y por hacerlo de que Elisa lo sintiese. ¡Oh cuántas veces el leal amator mostró placer en el rostro, que en el alma era rabia y ponzoña, y cuántas veces su risa fué rayo, que

penetraba su pecho y aun los mismos ratos de la presencia de Elisa, que en muerte y afrenta le fueran consueño, le eran allí desesperación, y así no tenía gusto sin acibar ni trabajo con alivio! “¿Es possible, decía, que la celestial belleza de Elisa ha de faltar á mis ojos, y que muerta Elisa yo podré vivir, y mis esperanzas juntas con Elisa se harán polvo que lleve el viento? Primero ruego á la deidad donde todo se termina que mude en mí la sentencia, y si no, yo me la doy, Elisa, que ya que no sea poderoso para que no mueras, serélo á lo menos para no vivir”. Estas y tales razones decía Mendino á solas con la boca, y acompañado con el corazón, y Elisa, inocente destes daños, siempre se ocupaba en agradarle y engañar á Galafón, como Mendino á Filis. Tres veces se vistió el Tajo de verdura, y otras tantas se despojó della, en tanto que Elisa sin sobresalto, y Mendino siempre con él, gozaron de la mayor fe y amor que jamás cupo en dos corazones humanos, y al principio del tercero invierno, cuando el fresno de hoja y el campo de hermosura, juntamente se despojó de vida el corazón de Mendino no olvidado, no celoso ni ausente menos que del alma, porque adoleció Elisa de grave enfermedad é inútiles los remedios de la tierra, aquella alma pura, buscando los celestiales, desamparó aquel velo de tan soberana natural belleza, dejando un dolor universal sobre la haz del mundo y una ventaja de todo en el pecho del sin ventura pastor, que aun para quejarse no le quedó licencia, solo por la soledad de los montes buscaba á Elisa, y en lágrimas sacaba su corazón por los ojos; allí, con aquellas peñas endurecidas, comunicaba su ternura, y en ellas mismas ponía sentimiento. Con él lloraron SIRALVO, Castalio y Coridón. Con él lloraron los montes y los ríos; con él las ninfas y pastoras, mas nadie sentía que él lloraba. Gran pérdida fué aquélla, y grande el dolor de ser perdida, y muchos los que perdieron. Esto se pudo ver por las majadas de Sileno, donde no quedó pastor que no llorase y gimiese, y desamparando las cubiertas cabañas, passaban la nieve y el granizo por los montes las noches, y por los yermos los días, mayormente en el lugar do fué Elisa

sepultada, en una gran piedra coronada de una alta pirámide, á la sombra de algunos árboles, y á la frescura de algunas fuentes, todos los rabadanes, pastoras y ninfas de más estima cubrieron sus frentes con dolor y bañaron con lágrimas sus mejillas en compañía del anciano padre, donde Mendino, que más sentía, era quien menos lo mostraba, por el decoro de Elisa y el estorbo de Filis, y así apartado, donde de nadie podía ser visto ni oído, satisfacía á su voluntad en lágrimas sin medida y en quejas sin consuelo; y cuando el bravo dolor le daba alguna licencia, cantaba en vez de llorar, y peor era su canto que si llorara, que cuando el triste canta, más llora, y más MENDINO, que desta suerte cantaba:

MENDINO

Yéndote, señora mía,  
queda en tu lugar la muerte,  
que mal vivirá sin verte  
el que por verte vivía;  
pero viendo  
que renaciste muriendo,  
muero yo con alegría.

En la temprana partida  
vieja Fénix pareciste,  
pues tu vida escarneciste  
por escoger nueva vida:  
sentiste la mejoría,  
y en sintiéndola volaste,  
mas ay de aquel que dejaste  
triste, perdido y sin guía;  
y entendiendo  
que te cobraste muriendo,  
se pierde con alegría.

El árbol fértil y bueno  
no da su fruto con brío  
hasta que es de su natio  
mudado en mejor terreno;  
por esto, señora mía,  
en el jardín soberano  
te traspuso aquella mano  
que acá sembrado te había;  
y entendiendo  
que allí se goza viviendo,  
muero aquí con alegría.

Bien sé, Elisa, que convino,  
y te fué forzoso y llano  
quitarte el vestido humano

para ponerte el divino;  
mas quien contigo vestía  
su alma, di, ¿qué hará,  
ó qué consuelo tendrá  
quien sólo en ti le tenía,  
si no es viendo  
que tú te vistes muriendo  
de celestial alegría?

En esta ausencia mortal  
tiene el consuelo desdén,  
no porque te fuiste al bien,  
mas porque quedé en el mal;  
y es tan fiera la osadía  
de mi rabiosa memoria,  
que con el bien de tu gloria  
el mal de ausencia porfía;  
pero viendo  
que el mal venciste muriendo,  
al fin vence el alegría.

Es la gloria de tu suerte  
la fuerza de mi cadena,  
porque no cesse mi pena  
con la presurosa muerte,  
que ésta no me convenía;  
mas entonces lo hiciera  
cuando mil vidas tuviera  
que derramar cada día;  
pues sabiendo  
la que ganaste muriendo,  
las diera con alegría.

Vi tu muerte tan perdido,  
que no sentí pena della,  
porque de sólo temella  
quedé fuera de sentido;  
ya mi mal, pastora mía,  
da la rienda al sentimiento;  
siempre crece tu contento  
y el rigor de mi agonía;  
pero viendo  
que estás gozosa viviendo,  
mi tristeza es alegría.

Así pasaba Mendino su congojosa vida, huyendo de los lugares donde de Elisa se trataba, honrándola ó llorándola, porque para ella y para él era este recato de grande importancia, y así se entretenía en sus cabañas con el vaquero Coridón ó con Castalio su primo lo más del tiempo, y esto porque en amor no falte su costumbre, que es haber siempre quien de nuevo lllore; Cardenio, enamorado de Clori, perdió el respeto á Castalio, que más que á sí la

quería, y la pidió en casamiento, y el generoso padre della, viendo la igualdad de los dos ricos pastores en edad y suerte, y que ambos le pedían y ambos eran dignos, y á Castalio heredero y á Cardenio heredado, dió la palabra á Cardenio y dejó á Castalio, de manera que estuvo mil veces por darse la muerte. En estos trances tan dolorosos se pasó lo restante del invierno. No os he dicho nada de Ga'afión, siendo mucho lo que hay que decir; mas presto celebraremos el sepulcro de Elisa, donde serán sus lágrimas las mejores, porque allí faltarán las de Mendino; y ahora veréis que llega á la ribera un galán cortesano en hábito de pastor; Alfeo se llama, y con dolor viene: tratemos dél, en tanto que de Mendino y Castalio sus recientes daños no nos dan lugar: que tal vendrá, que los hallemos más tratables, pues

El mal que el tiempo hace,  
el tiempo le suele curar.

## SEGUNDA PARTE

DEL PASTOR DE FILIDA

En tanto que el generoso Alfeo siguió las pomposas Cortes tan satisfecho de su habitación, que le parecía tiempo perdido el que en otra parte se gastaba, mayormente el de aquellos que de las ciudades y villas, retirados á las humildes aldeas, vivían entre aquella soledad acompañada de murmuración, y aquella compañía desierta de consejo, no es de maravillar que así amase el trato cortesano: porque criado en él y aficionado á las artes, hallaba allí del mundo lo mejor; ayudábale á gozarlo ser rico y liberal, gentil, cortés, discreto y bien nacido, amado de todos, y sobre todo, señor de su voluntad. Pero después que vió la hermosura de Andria, que era sin igual, y probó su condición, tan fácil al mal y al bien, que en breves días, enamorado y creído, sintió el favor de su parte, medida de su deseo, y en más breves la ponzoña secreta de su dulzor, juzgó enemigos al cielo y á la tierra, llamó la muerte, aborreció la vida, estragó su pecho has-

ta quedar tan trocado de sí, que á sí mismo no se conocía, y tan enemigo del lugar, que á otra cosa que infierno no le comparaba. Huyó dé', corrido de sus amigos, desesperado de su contento y atónito de su perdición; buscó la ausencia, con deseo de que en ella le viniese la muerte sin que la despiadada Andria supiese de su muerte ni de su vida. Así como iba trocada su fortuna, así lo iba su traje: camisa cruda llevaba y sayo pardo vaquero, caperuza de faldas y calzón de lienzo, polaina tosca y zapato grueso, é intencionado de encubrir su suerte y guardar cabras y ovejas en la ribera del Tajo, donde al silencio de la noche enderezó sus pasos, sin más compañía que su dolor y cuidado, que casi con a'as del viento apresuraban su jornada, llegó á su verde ribera al punto que el sol con la primera lumbre ahuyentaba las postreras sombras de la noche. Era el tiempo que la deleitosa primavera, desechando las flores de sus plantas, casi apenas el deseado fruto entre las tiernas hojas descubría. Y á las aves de la noche por las cavernas encerrándose, las del día (desamparados los nidos), dulcíssimos cantares acordaban. Ya el rústico Arsindo, desde un alto peñasco que sobre el Tajo pendía, tocaba una sonora bocina, á que de todas partes de la ribera le comenzaron á responder con flautas, chapas, adufres y otros instrumentos pastorales, donde Alfeo entendió ser día entre ellos de gran solemnidad y fiesta, y acrecentando su pena, se entró por la espesura de unos tarayes, y recostado en la tierra junto á un pequeño arroyo que del Tajo salía, los ojos en él y el pensamiento en Andria, al son del agua y al compás de sus suspiros comenzó á decir:

ALFEO

Apartado de la vida  
pago, viniendo á morir,  
con la pena del partir  
la culpa de la partida;  
culpa que (si bien se apura)  
procede en tal ocasión,  
no por falta de razón,  
mas por mengua de ventura.  
Húyome de vos agora,